

EL SEÑOR BENITO.

Formóse en torno del vizconde Enrique de Villiers un religioso silencio. Jorge Leslie se habia apoyado contra la chimenea y tenia los brazos cruzados sobre el pecho.

El vizconde comenzó.

—La primera vez que oí hablar del *golden-fever*....

—Permitidme le interrumpió la marquesa; habladnos en lengua comun... *golden-fever* quiere decir?....

—Fiebre de oro.

—Todo es pues de oro en ese país! exclamaron al propio tiempo tres ingenios, asombrados de aquel acorde de ideas!

—Gracias primo! dijo la marquesa; continuad, ya os escucho.

—La primera vez, continuó el vizconde, que oí hablar de la fiebre de oro, hacia la caza del bizonte, en los llanos, mas allá de los montes de Alleghany, hácia la estremidad norte del Ontario. Hermoso país! Cooper ha hecho de él descripciones encantadoras; pero allí la naturaleza es muy superior á las descripciones de Cooper.

Habia salido de Baltimore quince dias antes, y contaba no volver allí sino hasta la estacion de las lluvias. Vivía en aquel punto, no solo por gusto sino tambien por economía. Habia calculado que viviendo al aire libre, durante unos cinco años, podria reparar las brechas abiertas en mi patrimonio. ¿Os sonreís, general? Os recomiendo este modo de buscar oro, que vale tanto como las presas en los pactolos americanos y las máquinas para lavar el lodo.

Un francés fué quien nos contó los milagros del oro, el nacimiento de San Francisco, que repentinamente habia brotado de la tierra desde que el yugo de la rasa hispano-americana se habia retirado de aquel suelo opulento; las fortunas maravillosas que se habian creado á lo largo del rio del

Sacramento; la locura que invadía al propio tiempo á la América y á la Europa. Ese francés se llamaba Benito Loyos. Era de la municipalidad de Montmartre, cerca de Paris. Le tuve durante diez y ocho meses por criado, en aquellas regiones. Ahora es todo un ciudadano: vive en Moutmartre, su pueblo natal; pero se ha hecho propietario en la calle de San Dionisio, en donde alquila, durante el estío, unos tabucos á tenderos que quieren respirar el aire. Era un buen muchacho; un tanto cuanto pícaro; pero que debe tomar muy á lo serio su carácter de propietario.

Benito ganaba su vida en los bordes del San Lorenzo, cazando el castor. Esa es una industria modesta.

Cuando le dije: "Quiero ver el Oregon, Sonora, la frontera mexicana," Benito contestó sin titubear:

—El señor tendrá necesidad de un criado.—He servido á un general canadiense, por allá, á un lado del fuerte del Raton, cuando me ví obligado á abandonar nuestra Francia.... Si el señor quiere tomar informes del general.... El general vive aho-

ra un poco mas allá del rio de Albany, en la Nueva Gales....

Era cuestion de unos centenares de leguas apenas. Tuve la indiscreccion de preguntarle lo que le habia obligado á abandonar nuestra querida Francia.

Benito se sonrió, y me respondió:

—En esos malditos países del Oeste, es bueno llevar siempre consigo un hombre que conozca mas de un oficio....

En una palabra, acepté sus ofrecimientos. Sin dejar de servirme ó hacer que me servia, ha recogido por el camino bastantes pedacillos de oro, amonedado ó no, para comprar su balija. Era atrevido, ágil, mentiroso, ladron. Un criado con un carácter distinto no me hubiera convenido.

Preguntadle al señor Jorge Leslie, señoras, qué figura harian nuestras camaristas y criados parisienses en aquel país del infierno....

—Jamás he tenido criados en mis viajes, dijo Jorge dulcemente.

Aquellas señoras eran todas muy bien

educadas para sonreirse; pero sí hubo eso que se llama *frialdad*.

El vizconde prosiguió:

—Ya comprendereis bien que lo que me atraía hácia el Oeste no era la idea de recoger esos pedazos de oro en el fondo de los torrentes. No desprecio el oro; Dios me guarde! pero la credulidad no es mi defecto dominante.... no concedía mas que una fé muy mediana á las relaciones que me hacian. Lo que me seducia era el drama que se representaba del otro lado del continente americano entre aquellos locos y aquellos furiosos. Quería ver ese vértigo popular. Quería ver aquella mezcla confusa de niños, de jóvenes, de hombres maridos, de sacerdotes—porque hablaban de curas y pastores americanos que habian desistido de sus parroquias por correr detras de las pepitas—quería ver á todas aquellas gentes en medio de su delirio, hundiéndose en el fondo de los rios, marcando el suelo con sus uñas, desafiando el hambre y la sed, el frio y el calor, trabajando de dia y de noche, sufriendo á todas horas, pero alegres en medio de su exaltacion insensa-

ta, y lanzando hasta el cielo este grito de la demencia humana: Oh! oh! oh!

Esas orgías no se presentan todos los dias. El Eldorado trastornó en otro tiempo la cabeza de los españoles; la calle de Quincampoix vió á la Francia ébria en tiempo de Law, y vosotros todos sabeis la historia de ese conde de Horn, primo del regente Felipe de Orleans, que asesinó á un agiotista afortunado en una taberna de la calle de Venecia, para robarle su cartera llena de billetes. Esas son ocasiones que es preciso aprovechar. Me gusta ver las tragedias en otra parte que el teatro!

Hablábamos de luchas épicas, de batallones armados de picos y palas, que se precipitaban el uno contra el otro, atronando con sus gritos aquella inmensa soledad. Los indios salvajes que yo habia buscado, en vano, en los montes Alleghany y en torno de los lagos, debia yo encontrarlos en el Oeste. Era aquel un mundo nuevo en donde el uso tenía fuerza de ley; en donde cada uno pedia justicia á su cuchillo ó á su carabina; un mundo valiente como la caballería andante, pero avaro y engañador; un

mundo que lo reunia todo en su materialismo desvergonzado, el vicio y la virtud, el oro y la sangre.

Benito vendió su cabaña y sus pieles á un cazador del llano.

Volvimos á Baltimore en donde quise equiparme para el gran viaje.

Partimos una hermosa mañana de otoño. Me acuerdo que el sol se levantaba detras del cabo Carlos que cierra la bahía de Chesapeake. Ibamos á caballo. Antes de llegar al rio Potomac me volví para ver aún una vez la grande y populosa ciudad que se inundaba de luz. Los barcos de vapor surcaban el rio. A derecha é izquierda las locomotivas pasaban resollando con ruido y lanzando á largos intervalos su agudo gemido.

—Una vez que hayamos pasado los montes, me decia Benito, ya no nos molestarán mas estos ruidos!

Benito tenia ganas de huir de la civilización; la pasión de las aventuras le acometia.

En la noche del segundo dia llegamos á Marietta en donde debiamos tomar el vapor

para descender el Ohio, luego subir el Missouri hasta la Gran-Vuelta, atravesando así sin fatiga la mejor parte del continente. El vapor estaba lleno de buenas gentes que se iban á tentar fortuna en California. Todos esos Jases americanos no hablaban mas que de la nueva Cólchida y soñaban despiertos con el Toison de oro. Teniamos allí el prólogo cómico del gran drama al cual íbamos á asistir.

Los emigrantes eran, en su mayor parte, gentes llenas de proyectos, espíritus tortuosos, inventores; un tercio, por lo menos, pertenecia al comercio al menudeo de los Estados-Unidos. Habia entre ellos cabezas dignas de pintarse. No exagero diciendolo que sobre aquel vapor, cada cual tenia su medio particular de hallar el oro. Naturalmente, nadie queria decir su secreto, pero la mayor parte no deseaba otra cosa mejor que venderlo. Los unos poseían grandes cajas sólidamente cerradas que contenian tamices de nueva especie, máquinas de percusion para remoler la arena, mecánicas para filtrarla, molinetes, crisoles hornos.

Me acuerdo de un mercero de Filadelfia que llevaba consigo una pequeña brújula encantada que debía estremecerse cada vez que la pusieran sobre un lugar donde hubiera oro.

El buen mercero no pedia mas que un pobre millon de pesos para educar á su familia. Una noche Benito me dijo:

—Tengo ganas de ganar algunas propinas aquí en el vapor. Espero que esto no contrariaría al señor.

—Si vuestra industria es honrada.... respondí yo.

Benito me juró por las potestades del cielo y de la tierra, que todo comercio desleal le inspiraba horror.

Desde aquel momento le ví entrar en relaciones seguidas con todos los marineros, y tambien con los personajes de la cocina de los pasajeros. Compraba á los empleados del navío todas las botellas vacías. Mi camarote quedó materialmente lleno.

Cuando le pregunté á Benito lo que quería hacer con todo aquello, me respondió sonriéndose:

—Ya he dicho al señor que tengo deseos

de ganar algun dinerito aquí en el vapor El señor verá!

Pude notar que mi criado, inspiraba desde entonces, cierto respeto é interés sobre el navío. Dos ó tres veces oí á los pasajeros cuchichear entre ellos.

—El criado del *gentleman*, tiene un medio.... un medio infalible.

Permanecía muchas veces hasta muy avanzada la noche, sentado contra el barandal de la plataforma, contemplando el rio inmenso por donde nuestro vapor parecia deslizarse como un gigantesco tren sobre el hielo. Cuando los pasajeros se habian retirado uno tras otro, y la soledad reinaba sobre el fuerte, en donde permanecian tan solo los hombres de guardia y el timonero, Benito se escurria frecuentemente fuera de la escotilla, y venia él tambien á respirar el fresco. Al respirarlo se entregaba á un singular ejercicio. Le veía traer un gran canasto á la plataforma triangular que está detras de la rueda. Sacaba uno á uno muchos objetos de su canasto, y los hundía sucesivamente en el rio con ayuda de una cuerda.

Hecho esto, recogia su canasto que parecia mucho mas pesado, y se volvía al pequeño retrete en donde dormia cerca de mí.

—Señor, me preguntó una mañana al vestirme; os ruego que me perdoneis la libertad que me tomo.... Quereis hacerme un favor?

—Cómo? cuál?

—Teneis lacre; yo tengo botellas.... quisiera preservar su contenido del contacto del aire, siempre funesto para materias volátiles!

Esta palabra científica me evitó el trabajo de preguntarle por qué la víspera habia encontrado manchas de aceite sobre las hojas mi tratado de química.

Le cedí, mediante una gran reverencia, la mitad de mi provision de lacre. Era la víspera del dia en que debiamos saltar á tierra.

Al dia siguiente, cuando nos hubieron desembarcado á nosotros y á nuestros caballos, Benito manifestó una alegría loca. Al cabo de una hora de camino en direccion del sudoeste, habiamos perdido ya de vista el Missouri. Se me ocurrió la idea

de preguntarle á Benito lo que habia hecho con todas sus botellas.

—El señor se imaginará fácilmente que no podia pensar en traerlas, me respondió.

—Pues valia entonces la pena de haberlas cerrado con tanto cuidado!....

Benito sacó de su bolsillo un taleguito de cuero bastante henchido de monedas de oro. Habia dentro setecientos ú ochocientos pesos.

—Hé aquí el precio de mis botellas, me contestó con aire de triunfo.

—Qué habia, pues, dentro de vuestras botellas, Benito?....

—Pues el señor lo sabe bien.... puesto que me vió llenarlas con agua del rio.

—Y habeis vendido cuatro mil frascos de agua del Missouri?

Benito tomó un aire grave.

—Estaban cerradas las botellas! pronunció con solemnidad; habia puesto sobre cada una de ellas una etiqueta en que constaba el modo de servirse del contenido.... Derramad esta agua sobre el suelo; al dia siguiente por la mañana, si en el suelo hay

un lecho aurífero, habrá lentejuelas de oro sobre la superficie.

Nada prueba, añadió sin reirse, que este medio no sea excelente....

—Es magnífico vuestro Benito! exclamó la marquesa.

—Graciosísimo! graciosísimo! murmuraron por todas partes.

La marquesa añadió inclinándose hacia su vecina:

—El vizconde tiene un modo de contar!....

—Inimitable, señora!

—Creo, concluyó la marquesa, que mi hija será dichosa!

—Cómo podría ser de otro modo, hermosa dama? murmuró el anciano general O'Brien, que se inclinó riéndose con amabilidad; cómo no ser feliz con un hombre que cuenta tan bien sus historias?

—Maligno hablador! dijo la marquesa.

Luego todo el mundo se calló para dejar hablar al narrador.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

III

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ENCUENTRO.

El Sr. de Villiers prosiguió:

—Estamos en la pradera. El gran novelista americano os ha hecho conocer esas llanuras inmensas del Nuevo Mundo. Nada tengo que deciros de nuestro viaje ecuestre, sino que fuimos cazados dos veces por los Sioux á caballo, y que vimos de lejos, una noche, un incendio que parecia cubrir muchas leguas de estension. Llevábamos nuestros víveres: la caza es bastante abundante en esos parajes.

Benito me decia muchas veces:

—Si pudiera siquiera trasportar algunas

30128